
Nuevas ambiciones para el Partenariado Euromediterráneo

Josep Borrell

En noviembre de 1995, en Barcelona, los gobiernos de 27 países, la Comisión y el Consejo de la UE crearon el Partenariado Euromediterráneo (PEM), conocido como "Proceso de Barcelona" por el nombre de la ciudad que lo vio nacer.

Su objetivo era hacer de la cuenca euromediterránea una zona de diálogo, intercambio y cooperación para garantizar la paz, la estabilidad y la prosperidad de la región.

Más en concreto, la Declaración de Barcelona preveía la creación de una zona de libre cambio para el 2010, el respeto de los derechos humanos y la creación de una Asamblea Parlamentaria Euromediterránea (APEM).

La APEM, que me corresponde presidir este año, se ha reunido en Rabat para hacer balance de los diez años transcurridos y elevar recomendaciones al Consejo para revitalizar el "Proceso de Barcelona".

Barcelona 95 fue hija de los acuerdos de paz de Oslo. Pero esa esperanza de paz para Oriente Próximo se vio rápidamente truncada y Europa, inmersa en su ampliación, miró mucho más al Este que al Sur.

Por eso nuestros *partners* árabes, cuyos jefes de Estado están notablemente ausentes de la Cumbre de Barcelona, son muy críticos con el balance de estos diez años.

Ciertamente, si el objetivo era avanzar en la convergencia económica, no se ha conseguido. Al contrario, las brechas que separan ambas orillas se han agrandado.

En una década, el PIB per cápita en la UE a Quince ha pasado de 20.000 a 30.000 dólares. En los nuevos Estados miembros se ha más que doblado. Pero en el sur del Mediterráneo se ha estancado y sigue en el entorno de 5.000 dólares.

Desde el punto de vista comercial las cosas también han empeorado. Exceptuando los países productores de petróleo, la UE ha duplicado su superávit con los países mediterráneos, de 15 a 30 billones de dólares. Así, el Mediterráneo es hoy la frontera más desigual del mundo. Ninguna otra separa niveles de renta tan grandes y tan cercanos.

La brecha que separa ambas orillas amenaza convertirse en una fractura permanente. Pero sería injusto no reconocer que Europa ha efectuado una importante transferencia de recursos públicos: tres mil millones de euros al año, a través del programa MEDA y préstamos del BEI.

Pero la inversión privada no ha seguido.

Por qué? Por la persistencia de conflictos, variados y de distinta naturaleza. Por la falta de un marco adecuado para atraerla, que presuponga una buena gobernanza, vinculada a reformas políticas. Y porque, como decía antes, la UE ha mirado más al Este que al Sur. En un solo año, Polonia ha recibido más inversiones de empresas europeas que todo el Mediterráneo desde 1995.

El Proceso de Barcelona necesita un nuevo impulso y una nueva ambición, dignas de una verdadera política global, porque el Mediterráneo es un condensado de todos los retos del siglo XXI: desigualdad, terrorismo, inmigración, medio ambiente, acceso al conocimiento... Es el escenario ideal para llevar a la práctica la "Alianza de Civilizaciones".

El terrorismo es hoy una amenaza mucho más grave que hace 10 años. Golpea en ambas orillas, en Madrid y Londres, pero también en Casablanca, Sharm el-Sheij, o recientemente en Ammán.

La Cumbre de Barcelona debería adoptar un código de conducta para luchar conjuntamente contra el terrorismo protegiendo al mismo tiempo los derechos y libertades, pero eso parece comprometido en estos momentos de redacción del borrador de conclusiones.

Los flujos migratorios, consecuencia del desnivel demográfico y de renta entre las dos orillas, han ganado también en intensidad.

Europa envejece y el Sur explota de juventud. Para mantener la fuerza de trabajo europea en sus actuales niveles necesitamos 20 millones de inmigrantes en los próximos 20 años. Y la mayoría vendrán del Sur, mucha más que del Este, que pronto envejecerá también.

Los países de la orilla sur tienen que hacer frente al deseo de emigrar de sus propias poblaciones y además han de afrontar la oleada migratoria subsahariana.

Los problemas de Lampedusa, Ceuta y Melilla no son de los italianos, españoles o marroquíes. Son euromediterráneos. Pero son, ante todo, dramas humanos producto de un continente africano olvidado.

No puede haber inmigración sin integración. Es imprescindible reforzar la cooperación en políticas de inmigración y de integración que aseguren el mutuo respeto a los derechos y libertades de los inmigrantes y a los deberes que les corresponden como residentes en los países de acogida.

La Cumbre de Barcelona se reúne con el telón de fondo de la revuelta de los suburbios franceses y los episodios de Ceuta y Melilla. Debe comprometerse efectivamente en el desarrollo de una cultura de la tolerancia que aísle los comportamientos radicales y movilice las políticas públicas y a los agentes sociales en la lucha contra el racismo y la xenofobia. De lo contrario, la sociedad europea explotará bajo las tensiones multiétnicas y religiosas.

La APEM y el PE han proclamado también el acceso al conocimiento como necesidad básica de la región.

Sin educación no puede haber desarrollo, ni justicia social, ni igualdad de oportunidades, ni igualdad entre hombres y mujeres.

En los últimos diez años, los progresos han sido tan desiguales como escasos. La Cumbre de Barcelona debe hacer de la alfabetización y el acceso a la educación una de sus prioridades. Y, finalmente, desde el punto de vista ambiental, Barcelona-2 debe comprometerse con la descontaminación del Mediterráneo, con plazos y objetivos concretos. Hoy, el 60 por ciento de las aguas residuales urbanas se vierten sin depurar.

De Algeciras a Estambul, como canta Serrat, el llanto eterno de sus pueblos ya no viste al Mediterráneo de azul. Y queda mucho por hacer para que nos una en vez de separarnos.